

—¡Estás loco, René!

—¡Déjame!

—¡Vamos! No te reconozco,—dijo Ferdys, arrastrando á su primo.

Alrededor de ellos un murmullo de voces, de risas y de gestos se desencadenaba, y Gardanne, á la vez irritado y satisfecho de la camorra, forcejeaba en un grupo, mientras que Raimundo llevaba á su primo fuera del Circo.

Llovía. Los muchachuelos que abrían las portezuelas de los coches se precipitaban hacia ellos bajo el peristilo, y mientras que René permanecía allí, contrariado, esperando, descontento de aquella noche, irritado por aquella injuria de Noris y por aquel necio insulto que le había impulsado á arrojarse sobre Gardanne, se oía en el cruce de los coches, á través del resplandor de los farolillos que se mezclaban bajo la cálida lluvia de primavera, resonar aquellos llamamientos que parecían irónicos á René, y melancólicos á Raimundo de Ferdys.

—¡El cupé de la señora de Beragues!.... ¡El coche de la señorita Feraud!.... ¡El coche de la calle de Jouffroy!.... ¡El coche del señor conde de Nidia!.... ¡El coche del príncipe de Chantenay!....

Y todos aquellos carruajes, llevando parejas dichosas ó tristezas aisladas, rodaban, desaparecían en las oscuras avenidas y se perdían en los Campos Elíseos como luces de estrellas errantes.

## IV.

La aventura del príncipe de Chantenay corrió á los periódicos más rápidamente que si se hubiese tratado de algún gran acontecimiento diplomático. *Flor-de-Chic* era demasiado visible para que no se aprovecharan de la ocasión de trazar en las crónicas su retrato, publicado tantas veces; el mismo Gardanne refirió, bajo un pseudónimo, el duelo que siguió. El Príncipe le había dado una estocada en el costado derecho, y, á pesar de las recomendaciones de Raimundo de Ferdys, que había reclamado el silencio, los revisteros no habían disimulado las iniciales de los combatientes. Algunos se valieron de la ocasión para dejar traslucir ciertas alusiones al pasado de Noris y á sus primeros amores.

Parecía que se habían dado una consigna: el Príncipe no podía abrir un periódico sin encontrar allí su nombre ó el de Noris.

Aquellas aproximaciones le producían un efecto singular; deletreaba estas cinco letras, *Noris*, con

toda clase de reflexiones, llenas de recuerdos. Desde que se había vuelto á encontrar cara á cara con la joven, se preguntaba si el deseo que había tenido por ella en otro tiempo estaba decididamente muerto; se asombraba del soberbio aplomo y del desarrollo que la belleza de Noris había tomado. Conservaba todavía sobre el rostro, como un rayo de sol, la impresión de aquellos grandes ojos negros fijos en él.

¡Pícara muchacha! ¡Y tan bonita! ¡Más bonita que nunca! Su misma insolencia le daba un valor que no tenía antiguamente. René, electrizado, estupefacto, se preguntaba si aquella era la misma mujer. No la había sabido adivinar en otro tiempo. Se acordaba de ella, cuando, de pie ante él, le amenazaba en la última entrevista: entonces estaba verdaderamente bella; pero los cinco años de soledad y lujo, pasando sobre la hija de Feraud, la habían convertido en una especie de dama altanera, muy diferente de las mujeres que le sonreían á Chantenay ordinariamente, y parecía que Noris con su insolencia le desafiaba.

¡Desafiarle! ¿á qué? René se sublevaba, y hallaba insultante que una mujer á quien había amado, no conservase de él un recuerdo encantador. Su vanidad herida, abofeteada públicamente, hubiese querido demostrar á Noris que no se burla fácilmente á un príncipe de Chantenay. Había sido, aunque ella quisiera olvidarlo, la querida del príncipe René.

En adelante no se volvería á ocupar de ella. ¿Qué le importaba Noris? ¿Qué significaba una sencilla anécdota, ni aquella descortesía del Circo, repetida neciamente por las gacetillas? ¡Se burlaba de Noris! Amaba á la señora de Montepreux, y ella

le amaba á él. Su amor propio no había de inquietarse, ni por la insolencia de una mujer que se vengaba, ni por la carcajada de un revistero á quien había castigado.

Y el Príncipe se esforzó por olvidar á aquella Noris, que volvía á entrar en su vida casi brutalmente.

Jacoba de Montepreux no dejaba al señor de Chantenay sólo con sus reflexiones. Le vigilaba con un afecto celoso, dando casi un espectáculo en el momento del duelo con Gardanne, al que asistió de lejos desde el fondo de su coche, en aquel coche, en el cual llevó á René, vencedor, cubriéndole de lágrimas, abrazándole, rendida por una violenta crisis nerviosa que lisonjeaba mucho á *Flor-de-Chic*, y le molestaba también un poco.

La Condesa estaba decididamente loca por Chantenay; se desacreditaba con un frenesí nervioso, encontrando alegría en mostrarse y adornarse con René, como con un trofeo. Decía á quien quería oírlo, que aquél era su primero, su único amor.

¿Y el Conde? ¡Oh Dios! ¡Pobre Conde!

Jacoba de Wertenheim, como había dicho Gardanne, se había casado sin saber por qué, ó, más bien, la habían casado al salir del convento, con el señor de Montepreux, rico, que se había enamorado de aquella hermosa joven como de una querida, la paseaba por todas partes, mostrándola con la vanidad de un hombre dichoso, alardeando de ella con un gozo insolente. Se les había visto por todas partes, y siempre la Condesa vencía á sus rivales bajo el esplendor de una hermosura á la que no disculpaba la modestia. El Conde estaba encantado.

Se apropiaba los lisonjeros murmullos que seguían á la aparición de Jacoba como la estela de un buque. No veía en el matrimonio más que aquella satisfacción de vanidad física, y el nacimiento de un niño le había contrariado, como hubiese contrariado la maternidad á una coqueta.

Perdía, en efecto, un invierno, durante todo el cual debía privarse de sus triunfos de amor propio. Esto era desconsolador. Cuando llegó el estío, volvió á recuperar su sistema de vida. Se vió al Conde y á la Condesa en Normandía y en Bretaña; en las carreras de Trouville, y en las regatas de Dinard, habían hecho sensación la hermosura de Jacoba y la satisfacción del conde de Montepreux. Durante aquellos paseos de la belleza, y aquellas exhibiciones de elegancias, el niño lloraba en el hotel de Montepreux, en París, y el aya daba diariamente á la Condesa noticias del niño y de la nodriza, por un despacho telegráfico. Con esto tenía suficiente Jacoba. Su amor de madre se satisfacía con aquel telegrama diario.

En el fondo de aquella existencia de ostentación eterna y de perpetuo movimiento, un gran vacío entristecía á Jacoba. No tenía tiempo ni para ser esposa ni para ser madre. Pasaba los días en probarse trajes y estudiar tocados para lucirlos en sus *soirées*. De las manos de la costurera ó del peluquero pasaba á las de los valsistas.

Encontraba largos los días, aunque los acortaba, y le parecían cortas y que huían rápidamente las noches, que prolongaba hasta la aurora. No se pertenecía; pertenecía al mundo, á los indiferentes, á los pedazos de cartón blasonado que eran como los *ticket* eternamente renovados de un per-

petuo viaje de recreo. Veía á su marido vagamente; no unía su existencia á la del Conde. Los solos instantes de conversación íntima eran los que pasaban en el coche que los llevaba, siempre con retraso, hacia el rogado convite ó el baile. Jacoba inquietándose por un pliegue de su vestido ó por un rizo descompuesto de sus cabellos, y que los volvíá á traer silenciosos, nerviosos ó fatigados, apoyando cada uno su cabeza en un ángulo del carruaje, y dormitando á medias, con la cabeza pesada ó llena de quimeras.

En cuanto al niño, se le llevaban adornado, engalanado de rosa con encajes blancos, como un grueso bouquet en una gargantilla de papel, á su madre, que le abrazaba, le encontraba bonito, y se le devolvía á la nodriza, no teniendo tiempo de pensar y dar gracias á Dios que le había dado la buena sangre, clara y sana, que le corría bajo la piel.

Jacoba y el conde de Montepreux, en aquella existencia rendida y agitada, eran dos asociados que se encontraban juntos en todas partes. No eran, como deben ser los esposos que se aman, dos seres que no formen más que un solo ser, unidos con las mismas confianzas, con el mismo sueño para el porvenir, la misma esperanza viviente: su hijo.

Y poco á poco la misma Condesa empezó á encontrar molesto y áspero aquel eterno acompañante, cuya vanidad llegó á ser un poco celosa, que la seguía y la arrastraba por todas partes, blasonando de ella como de una conquista. Experimentaba, sin que se diese cuenta de ello, cierta nostalgia del reposo, que era tal vez el apetito de un amor más dulce y de una existencia más íntima.

Sus brillantes triunfos como mujer no le bastaban.

No se cuidaba, como al salir del convento, de leer en las miradas de los hombres que era admirablemente bella.

Su espejo se lo decía desde la mañana á la noche. Se hubiera considerado dichosa y como agasajada, si se la hubiera dicho esto en voz muy baja. Una declaración misteriosa la hubiera envanecido más aún que aquella consagración pública de su belleza, puesta de relieve por los homenajes de los hombres y los movimientos nerviosos de los abanicos de las mujeres. Inevitablemente debía llegar á ser encantada, y rápidamente conquistada por el primer madrigal que tuviese el aspecto de una declaración. Y esta semideclaración, que se deslizaba en la penumbra de un saloncito, este «yo os encuentro adorable», que hace estremecerse, temblar y caer á la hija de Eva, era el príncipe de Chantenay quien debía deslizarlo al oído rosado de Jacoba en una vuelta de vals, y repetirlo después durante la animada conversación de la comida. Y con su instinto singular de táctico de amor, el príncipe René llegaba justamente en el momento exacto de la crisis, del tedio, de la «vaguedad del alma» de otro tiempo, de la neurosis de hoy, en aquel instante psicológico de los desfallecimientos sin causa y de las caídas sin razón.

El conde de Montepreux vivía todavía cuando Jacoba se consolaba, con una pasión que no era muy verdadera, de las decepciones de un amor que no existía.

Ella no había tenido remordimientos, y creía con toda la fe de su corazón que tenía para Chan-

tenay la ternura más absoluta. Creía que amaba al que debía amar, y que no engañaba á aquel compañero de viaje que la casualidad le había dado, cuyo nombre llevaba, aunque no sabía por qué.

Amaba á René tan profundamente, que no advirtió en él una especie de frialdad cuando una corta enfermedad del Conde dejó viuda á Jacoba de Montepreux. Absorbida por su pasión, por su nervioso amor de loca, no suponía que aquella nueva situación pudiese inquietar al señor de Chantenay. La viudez, dando más libertad á Jacoba, hacía de aquella querida tan adorable una futura posible.

Y ¡cosa extraña! René, que inmediatamente lo había calculado todo, después de un movimiento de indecisión, temiendo por instinto al matrimonio, cual si fuere una abdicación, se había dicho, reflexionando:

—Después de todo, ¿por qué no?

En efecto: ¿por qué no? Jacoba era arrebatadora: «La mujer más hermosa de París», como decía con sus sinceras admiraciones el conde de Montepreux. Rica, completamente loca por René, agradable, con mucho *esprit*, con aquel *esprit* del boulevard y de *boudoir* que agradaban á Chantenay, y que no encontraría ciertamente junto á la primera pensionista titulada que su madre se encargara de destinarle. Puesto que más tarde ó más temprano es menester *dar el paso*, ¿por qué no había de ser con la señora de Montepreux? No encontraría nunca una criatura más bonita, ni una gran señora más caprichosa, de *esprit* más parisiense, caprichos más atolondrados y picardías más seductoras.

Lo que le seducía más particularmente, era que Jacoba, con su porte de reina, tenía seducciones

casi picantes é imprevistas, como las de una mujer de bastidores. Una mujer tal, móvil, inquieta, espiritual, habladora, cambiando de humor como de collares, diciendo todó, arriesgándolo todo, riendo, llorando, nunca trivial, no podía cansar nunca á Chantenay; nunca: estaba seguro de ello. Y la ocasión más á propósito para tener por mujer una criatura ideal, formada para ser la querida más exquisita, á la larga, después del famoso «¿Por qué no?», le había hecho decir: «Pues bien; ¡sea!»

Le había dicho á Jacoba que sería Princesa, que él quería, y que para ello no aguardaba al fin del luto. Ella se había echado á reir entonces, con sus vestidos negros, entre los cuales su altiva hermosura blanca y rubia resplandecía carnalmente. ¡Princesa! ¿Para qué?

—¿Me amáis?

—¡Te adoro!

—¡Pues bien! ¿Qué importa lo demás? Se pide la mano cuando no se tiene el corazón; tú tienes entero el mío, ¡amémonos!

No experimentaba todavía aquel sentimiento que iba á nacer en ella: el deseo de sujetar, de encadenar á Chantenay. Y aquel duo culpable, según el mundo, santificado á los ojos de Jacoba por la buena fe y el ensañamiento que había puesto en perderse y el placer que ponía en pregonarlo, continuaba naturalmente, sin que el amor de Chantenay disminuyese, y sin que la señora de Montepreux pensase en recordar nunca al Príncipe aquellas palabras de otro tiempo. «¡Princesa!... ¿Queréis?»

El encuentro de Noris en el pasillo del Circo, la burla terminada por la estocada dada á Gardanne, el ruido hecho en torno del Príncipe, y su nombre

unido al de la señorita Feraud, todo aquel escándalo inesperado, que cambiaba el humor del Príncipe, debía modificar también los sentimientos de Jacoba.

La Condesa no era celosa, y notaba que lo iba siendo poco á poco. Sabía perfectamente que René había amado á Noris. Aquella pequeña novela, una de las mil y mil novelas en las que el Don Juan parisiense había ya sido el héroe, daba desde luego algún picante al capricho de la señora de Montepreux. Le parecía divertido ser amada de un hombre por quien se había querido matar una de las más hermosas jóvenes de aquel tiempo. La correcta insensibilidad del Príncipe no le causaba, por otra parte, ninguna inquietud; el recuerdo de Noris era completamente indiferente para René.

Indiferente en otro tiempo; pero menos indiferente hoy. Jacoba lo adivinaba. Sí; el Príncipe pensaba ahora en aquella Noris. ¿Por qué? ¡Ah! ¡Por qué! ¡Explicad las fantasías! Se había vuelto á hablar de Noris en los periódicos. La misma Jacoba, con el desacierto de todas las celosas, hablaba demasiado á René de ella, ya para preguntarle, ya para burlarse. El Príncipe se sentía como envuelto en el recuerdo, acompañado y exasperado por aquella imagen.

Aquella sobreexcitación que da la publicidad, aquel espolazo del periódico, aquella carta impresa, causaban al señor de Chantenay una sensación particular; se sentía, sin saber por qué, con deseos de volver á ver á Noris. Aquella hermosa joven insultante, y que dos veces le había abochornado con su desprecio, le provocaba como un adversario al

que hubiese querido dominar en la esgrima, ó como un caballo que tuviese que domar. Toda dificultad exasperaba á aquel joven frío. Incapaz de sensibilidad, riéndose de la palabra, antigua como el siglo pasado, la *sen-si-bi-li-dad*, su frialdad era fácilmente doblegada y su capricho aumentado por un obstáculo. ¡Y Jacoba, que, riendo ahora, venía á despertar su deseo adormecido!

—He visto á vuestra señorita Feraud en la Ópera el otro día... No del todo mal... ¡Muy bien puesta! ¡Yo misma la he enviado á preguntar, con el joven duque de Marsan, por su costurera!

—¡Jacoba!

—¡Y bien! (respondió la Condesa, que parecía quererle enfadar.) ¡No debe disgustaros que yo encuentre mucho gusto en vuestra antigua pasión!

Las mismas burlas de Jacoba crispaban los nervios del señor de Chantenay. En todas aquellas cenizas removidas, todavía quedaban brasas, y las volvía á hallar con una profunda admiración, ardiendo aún bajo la capa del olvido. Le disgustaba que se le hablase de Noris, y, no obstante, todos los recuerdos lejanos se le despertaban cuando se le hablaba de ella.

La señora de Montepreux le dijo un día, burlescamente:

—¿Sabéis quién es vuestro sucesor en las gracias de la señorita Feraud?

Esta pregunta, que hubiese parecido algún tiempo antes completamente indiferente al Príncipe, le causaba ahora una sensación desagradable. Pero era bastante dueño de sí para no dejar traslucir nada.

—No me importa de ningún modo, ni me he de

inquietar por la existencia de la señorita Feraud, —dijo él fríamente.

Jacoba le miraba con sus claros ojos, celosa, y como si quisiera sorprender un pensamiento que adivinaba en él.

—¡Pues bien! (dijo Jacoba): la señorita Feraud pasa por tener un capricho grande..., una locura, hasta amor..., por... por vuestro primo Ferdys, mi querido René.

—¿Raimundo?

—No sale este del hotelito de la calle Jouffroy. Marsan me lo ha dicho.

—¿Y por qué se mezcla en eso Marsan?

—Si eso le divierte, está en su derecho. ¿Es que acaso os contraría?

Evidentemente contrariaba á René la confianza, y á la señora de Montepreux le constaba ya, con un profundo despecho, que Chantenay podía aún estar celoso, y muy celoso, de Noris. ¿Celoso lastimado?... ¡Oh! Le disgustaba visiblemente saber que Raimundo, amigo ó galanteador, podía de cualquier modo disfrutar de las gracias de Noris. No quería pensar ni hablar de ello, y Jacoba le lastimaba volviendo siempre con una especie de persistencia sobre los entrometimientos del joven duque de Marsan, las frecuentes visitas de Raimundo á casa de Noris...

—¡Ah! ¿Es tan asiduo en casa de la señorita Feraud? ¿Y qué dice el Gran Duque?

—El Gran Duque Vassili está en el Cáucaso..., ó entre los kirghiz, no se sabe... No hay policía que le tenga al corriente de los hechos de su querida... ¡La policía rusa vigila á los nihilistas! Pero verdaderamente, mi querido René, esta Noris os interesa.